

EL GRAFFITERO

MIGUEL MORA

I

Estoy en el entierro de mi madre y no siento nada. Alegría tampoco, no soy tan bestia. Nada, simplemente.

Los familiares y amigos me verán con la tristeza propia del hijo, sin saber que es fingida. Familiares de los dos, claro; amigos sólo de ella: yo apenas tengo y menos aquí, en libertad. De cementerio pero libertad. En la cárcel tengo alguno aunque discutamos fuerte o, quizás, por eso. Los amigos son para discutir con energía, con pasión. También tengo a Avia para las visitas “vis a vis”. Es otra categoría.

La ropa oscura enmarca mi gesto adusto, severo; tengo la mirada en el suelo, en la hierba mojada de este pequeño cementerio del pueblo donde nací y la alzo a veces para ver el nicho en el que van a colocar el ataúd. FAMILIA MAURRAS_DEZO. Ver mis dos apellidos en el Panteón no me ha dejado frío. Yo dispondré que me incineren pero, si muero sin indicarlo así, ocuparé uno de esos agujeros aún vacíos.

Uno no debería tardar tanto en morir. Hace años vi una película japonesa en la que los mayores eran acompañados a una montaña donde morían sin remedio. Solos. Su familia no podía mantenerlos y ellos, ya improductivos, lo entendían y aceptaban. La pobreza imponía una forma de vivir y de morir. Muchas veces —en la cárcel dedico siempre media hora diaria a la meditación— he pensado que la tristeza, la melancolía que destilaba para mi aquel film estaba más en relación con mi educación, con mi moral adquirida de niño, que con la lógica.

En occidente comenzamos a durar mucho, morimos tarde. Lo pienso aún teniendo en cuenta que a mi —ya cincuentón y con varios años de condena pendiente— me gustaría volver a gozar de libertad un tiempo largo.

La longevidad de mi madre era la causa de que en el cementerio apenas hubiese coetáneos de la muerta. Estábamos los dos hijos, algún hijo de mi hermano, amigos, conocidos lejanos y esos que, en los pueblos, se apuntan a todos los entierros. Mi padre, mayor que ella, no puedo asegurar que estuviese, más bien asistía, presente como un ciprés, ajeno como la llovizna que lo empapaba todo. Supongo que, por asociación de ideas y por mi admiración sin fisuras a Gustave Courbet me vino a la memoria “El entierro en Ornáns”, también en ese cuadro estaba todo el pueblo; nosotros no posábamos para un pintor realista aunque sin duda lo haremos, involuntariamente, para alguna máquina fotográfica de esas que ahora son la prolongación de las manos, y los ojos, de cualquiera.

No negaré que morir tarde tiene sus ventajas: no produce desgarros en los seres queridos que sobreviven y que, en bastantes casos, ya están más pendientes —que de las ajenas— de cuando les llegará la muerte propia.

Mi padre se había borrado de la vida treinta años antes. Poco después de jubilarse dejó de salir, de comunicarse. Insistía a los nietos, cuando recibía su visita, que aquella era, probablemente, la última vez que le verían con vida. Nunca me visitó en la cárcel, al contrario que mi madre que me aportaba alguna foto mía de niño o recortes de prensa con instantáneas de los escasos graffiti de mi autoría que sobrevivían en la ciudad a salvo de la piqueta municipal o de la voracidad de las constructoras. Al mismo tiempo me reclamaba fotografías de los numerosos años que van desde la adolescencia tardía a la madurez. Época en la que apenas mantuvimos contacto, abandoné los estudios, dejé la casa paterna, emigré —o huí— a Francia, inicié mis pinitos artísticos...

Cuando un lustro después regresé a España, la fábula del hijo pródigo no se convirtió en realidad. Mi madre me reprochó que a ella únicamente le quedaba un hijo: mi ejemplar hermano, que ya era un juez prestigioso. Mi padre tampoco reconocía como

suyo a aquel hippy melencólico y andrajoso que tenía delante. Un día, con ocasión de una tensión inevitable surgida en relación con la no tan lejana dictadura franquista, me apuntó con su vieja pistola que sacó con rapidez de un cajón.

En los años siguientes, a pesar de la proximidad en que habitábamos, apenas nos vimos. Una tarde encontré a mi madre en un parquecillo para pobres que era en realidad un descampado a secas; los antaño jardines se trocaran en superficies yermas limitadas por bordes deteriorados. Algunos jubilados, puedo precisar porque yo pasaba por allí casi a diario, tomaban el sol en bancos cuya pintura original había sido sustituida por pintadas groseras más propias de un W.C., otros, menos viejos, mejor conservados o menos deprimidos, jugaban a la petanca, ese golf para pobres. Mataban el tiempo de cualquier manera o era el tiempo el que les mataba a ellos, también de cualquier manera o de la misma que les había ido matando lentamente en su vida laboral. Mi madre venía de una iglesia cercana donde oraba y se dedicaba a sus caridades de señora bien. Y rica. Yo acababa de pintar, salvajemente, un muro anodino que —hasta de día— se podía pintar sin riesgo.

—¡Hijo cuándo sentarás la cabeza!. ¿En donde vives ahora, calamidad?

No me había ni besado. Incluso, un jugador de petanca setentón pero armado de valor se acercó con ánimo de protegerla.

—¿Le molesta este individuo, señora?

—No, caballero, los hijos nunca molestan. Contestó mintiendo. Y se alejó.

Chapoteo en los charcos del cementerio como lo hago en mis recuerdos. Así desentumezco mis pies y mis neuronas. Pienso en el fin del mundo que es la muerte para los ateos y en mi madre muerta que fue el origen de mi vida y estoy a punto de hacerme un lío sentimental y entristecerme de verdad. Me distraigo viendo al cura, tan distinto al de mi niñez, al que me preparó para la primera comunión. Aquel, mayor,

calvo y gordo olía a rancio por su sotana y a establo su boca cuando, en la proximidad del confesionario, me interrogaba siempre sobre lo mismo. Este atiende a varias parroquias, dice varias misas diariamente y, desposeído del uniforme, diríase un profesor de instituto. Antes del entierro se me acercó: había llegado a sus oídos que yo era agnóstico.

—Ateo, padre, ateo.

Dijo que, si quería, podía permanecer al margen de la ceremonia religiosa.

—Me encanta la liturgia, padreeee...

—Eduardo

—Padre Eduardo: antes de entrar en la cárcel, siempre que podía visitaba la catedral. Veía la imaginería, me enternecía con las beatas que se destrozaban las rodillas dando vueltas, genuflexas, a la “Virgen de los Ojos Grandes” y aspiraba el olor a incienso que me recordaba mi infancia de niño de acción católica.

—Usted se salvará. Dice entusiasmado.

—No padre, no me salvaré porque no tengo afecto por mi familia y eso no se perdona, ¿verdad usted?.

—Jesús, qué cosas dice. Y qué distinto de su hermano, el juez.

—Mi hermano por convicción y por razones de su cargo, defiende la familia, la propiedad privada y el estado. Yo detesto las tres, le respondí. Quizás por epatar.

Me miró como a un bicho raro pero, ahora, me invita a la proximidad del féretro. Obedezco y recibo un doble chorro fino de agua bendita del hisopo, al tiempo que una mirada helada, más en sintonía con un reproche intelectual que con una llamada a la devoción cristiana.

Terminada la ceremonia fúnebre me llegan pésames de desconocidos, unos sentidos, otros con aire rutinario. Los que de verdad me acompañarían a mi están ausentes. O ya muertos.

Desde la juventud, con apenas capacidad para evocarla en el recuerdo sé muy bien que las personas queridas, auténticamente queridas, es infrecuente que se encuentren a disposición cuando se las necesita. Ese rasgo de mi carácter o esa actitud ante la interpretación de la vida me ha proporcionado siempre el disfrute con intensidad de los momentos que, en el lenguaje al uso, llamamos irrepetibles o inolvidables, fuese la contemplación de un paisaje, el amor físico, una comida evocadora de sabores olvidados o una conversación en que evidencias que lo que dices es útil a alguien o, lo que dice otro, te marcará en el futuro.

Nunca olvidaré un fin de año, en París, rodeado de emigrantes melancólicos que casi, a base de la repetición de los brindis, impiden que me escape a tiempo de llegar a una cita con un ligue esporádico. Llego, por lo tanto tarde, al apartamento de hotel de una chica sin patria que me acoge con evidentes promesas de relación sexual. Sexo que casi frustro, no me lo hubiera perdonado nunca, por la desazón de la urgencia que deseaba satisfacer. No he podido acordarme de su nombre. En aquel coito alcancé el orgasmo techo, un nivel al que jamás he vuelto a acceder. Me he aproximado, a veces lo he rozado, pero todavía busco una sensación como aquella en que estallamos los dos, la muchacha sin nombre con explosión jubilosa de gritos culminados por una risa inacabable. Yo, con una explosión interna que me dejó el sabor amargo del orgasmo en mi boca. Asocio, y busco desde entonces, ya para siempre la felicidad del amor con ese sabor amargo en la boca, nunca repetido.

No me enamoré de aquella mujer de paso a la que no volveré a ver. Quizás esté muerta. Si era capaz de repetir aquellos polvos debe haber muerto, sin energía, sin

interés ya un día por continuar. ¿Qué seguir buscando?. Lo hice de otra, francesa —de ella sí conocí su patria— con la que entablé contacto en el Café de Cluny. Apenas una mirada, un guiño cómplice y me invita a cenar, cerca, en La Closerie des Lilas. Durante el trayecto, a pié, elogia mi francés macarrónico, yo estoy hipnotizado mirándola: rubia, ojos claros, alta, con tanto estilo que desde entonces, para mí, el estilo de la mujer tiene que ver con ese toque de sofisticación de la mujer francesa. Sentada en el restaurante, en una mesa próxima a un pianista que toca “L’aigle noir”, compruebo que no lleva sujetador y que, a veces, sus pezones se insinúan a través de su jerseycito de punto calado. Más tarde, el amor en su casa de Fustel de Coulanges, repetido aquella noche y todas las noches durante un mes.

Un día, ¿o era una noche?, vuelvo a su casa, cansado de ver a Courbet, cuyos cuadros busco en cualquier museo de París, y no está. Enamorado —aún sin sabores amargos en la boca— como un loco (¿hay otra manera de estarlo?) no vuelvo a encontrarla. No tuve ni la precaución de conocer su lugar de trabajo ni pude sospechar que aquel piso estaba sólo alquilado por un mes. Merodeé muchos días el Café de Cluny, iba con frecuencia al cercano cementerio de Montparnasse donde solíamos pasear los dos, cogidos de la mano, besándonos entre las tumbas. Utilizamos el cementerio como parque de enamorados. De hecho me contagié para siempre la costumbre de visitar tumbas de personajes famosos. Hasta mi entrada en la cárcel he sido eso que ahora llaman necroturista. Necroturista y graffitero. ¡Avant la lettre!. No un necroturista al uso de los que visitan las Pirámides, las tumbas de Faraones o de los Papas del Vaticano. Más bien necroturista menor que era capaz de ir a Auvers sólo para ver la tumba de Van Gogh o a Londres para ver la de Marx. En una carpeta de la celda tengo fotos de la tumba de Henry Langlois (así homenajeo al cine), de Sastre y Simone de Beauvoir (así homenajeo a la filosofía y a un concepto de las relaciones de pareja) o

de Jean Seberg, ésta porque es una tumba llena de fotos suyas y porque Héléne —
Héléne Moreau—, de ella sí me acuerdo de su nombre se le parece, o se le parecía.

Nunca hice graffitis en los muros de los cementerios.

Las últimas paletadas de cemento sobre el nicho de mi madre me despiertan de este sueño agridulce. El viaje de regreso lo hago en el coche de mi hermano a quién reconozco haber facilitado, o al menos no haber hecho nada por impedirlo, el permiso de dos días por fallecimiento de nuestra madre.

Mi padre se ha acomodado como puede en el asiento de atrás, con quejidos de dolor en el esfuerzo por adaptar su esqueleto de anciano a una superficie reducida. Después de media hora de camino me pregunta de forma apenas inteligible.

—¿Pintas las paredes de la cárcel?. Allí...¿ a quién robas?.

No le contesto, hace tiempo que procuro no contestar a provocaciones. Me dan ganas de no responder tampoco al señor juez.

—¿Cuánto te queda por cumplir?. Al salir, ¿vas a decir donde está el dinero?

—Tres años más. El dinero es mi plan de pensiones, en cuanto ponga los pies en la calle no me veréis más. No ahorréis para mi entierro.

—Sabes, papá ha decidido repartir ya la herencia. Vendrá a vivir a mi casa, a nuestra casa. Lo cuidaremos Josefa y yo. Mañana, antes de volver a dejarte en la cárcel, abriremos el testamento. Tendrás sorpresas, espero sabrás guardar la compostura.

II

Conocí a Avia en una exposición de mi amigo Alfredo, pintor consagrado y ortodoxo que, en las inauguraciones, presumía de ir acompañado de un graffitero marginal. Yo.

Avia no se parecía para nada a una de esas señoras profesionales del gorroneo que asisten a todas las exposiciones, estrenos teatrales o festejos culturales en los que se obsequia con magníficas meriendas o excelentes vinos. Avia, aunque vivía de okupa, picaba más alto, era una pobre elegante, una menesterosa, o casi, con pinacoteca. Escultural, aunque nadie le había hecho una escultura, disponía de una respetable cantidad de retratos suyos que había ido consiguiendo de los pintores más destacados de la ciudad. Se reía si alguien la llamaba Kiki de Montparnasse, tenía tiempo y posaba. Vestida o desnuda sabía posar y cobraba por ello. Alfredo me hablaba con frecuencia de ella, asépticamente.

—A ti te he visto ya en alguna parte. Dije torpe y directamente.

—En algún cuadro mío, ¡gilipollas!, es mi modelo de referencia. Asegura orgulloso Alfredo al presentármela.

—Y tu Avia, “pasa” de éste. Sólo es un graffitero y esos no hacen retratos.

—¿Es tú Basquiat, Warhol mío?, le responde ella descarada, mientras le besa a él y me guiña un ojo a mí.

—¿Graffitero de trenes o de paredes?, ¿ por vocación de pandillero o postmoderno desfasado?. En resumen: ¿carne de museo o de cárcel?.

—Esas preguntas sólo las contesto en la intimidad del estudio.

Acepto, y acierto, poniéndome al mismo nivel de agresividad dialéctica, al tiempo que la repaso de arriba-abajo, valorando las formas como los artistas de verdad.

—Graffitero con estudio, ¿qué incongruencia es esa?

—Mi estudio es toda la naturaleza y, para ser consecuente, tendría que pintar sobre tu piel.

—Detesto los tatuajes menos uno que no te voy a enseñar.

—No tatúo, pinto. Y se borra. Me gustaría pintar toda tu piel y luego borrarla con la lengua.

—¿Tan efímero?

—Tan efímero como algún graffiti.

Horas después la había pintado, borrado y conocido el tatuaje que nunca me iba a enseñar. Aquella noche de inauguraciones múltiples no vino nadie a su piso de okupa. Por la mañana me contó su vida y me enseñó su colección de retratos.

—¿No tienes miedo de que alguien te los robe?

—Nadie buscaría aquí cuadros de firmas prestigiosas.

—Pero, las hay.

—Las hay, las hay.

—Pena de que mi arte sea efímero.

—No en el recuerdo.

Después de quince días ardientes dudé de su pasión, nunca de la mía y empecé a pensar que Avia era un cebo. Una semana después tuve la confirmación.

—¿Me harías un favor, Angelito?

—Sí, respondí incondicional. Luego pregunté: ¿cuál?

—Copiar un Kandinsky...

—Copiarlo de donde, ¿de qué libro?, ¿en qué museo me becas?

—Copiar un Kandinsky de un Kandinsky.

—¿Original?

—Si, Y robado.

No me dio tiempo a preguntarle donde había robado ella un Kandinsky y ya se extendía en la explicación....

Verás... unos señores muy importantes —hasta hay un juez, compañero de tu hermano— y muy ricos —hasta hay un marchante de arte, amigo de Alfredo— hartos de invertir en otros valores más prosaicos, invierten ahora en la poesía del arte.

—¿Y..?

—Y han obtenido —ni sé, ni puedo saber, ni me interesa saber cómo— un lote de magníficos cuadros procedentes de algún museo ruso.

—¿La mafia rusa?

—La mafia universal.

—¿Qué pintas tú en la mafia universal?

—Poco. El que vas a pintar eres tú.

—¿Si tienen el original...para qué quieren la copia?.

—La copia la quiero yo, para dársela a ellos y quedarme el original.

—Ah!. Y yo...¿qué gano?.

—Medio millón de euros.

—Que pagas tú. ¿De donde?

—Otro cuadro del lote va a desaparecer. Ya tengo comprador. Se perderá en el mar porque el lote viene por los caminos que utiliza la coca habitualmente. Bastante es que de cuarenta les queden intactos 39.

—¡38!

—39. De tu copia no se enterarán.

III

Recuerdo bien que después de la lectura del testamento casi preferí volver a la cárcel antes que seguir en un mundo habitado por una familia como la mía. La impresión gorda no fue la de ver mi herencia reducida al mínimo que marca la ley. Además espero recuperar —en algún paraíso fiscal— el dinero prometido. ¡Medio millón de euros!. La sorpresa auténtica fue saber que tenía un hijo de más de treinta años. Michel Maurrás Moreau. Mi vivo retrato en rubio. Al conocerlo comprendí porque aquella relación con su madre, Héléne, sólo había durado un mes. Me dejó cuando tuvo la certeza de su embarazo. Seleccionó la semilla con el único medio posible que existía entonces: el aspecto físico de su potencial padre. No le importó, quizás todo lo contrario, que fuera extranjero (los coupages en los humanos suelen salir bien), nunca quiso saber más de mí, al contrario que Michel. ¡Años intentando localizarme!. Lo consiguió con la imprecisión de encontrar antes a mi familia que a mí. Lógico, el teléfono de la cárcel no sale en la guía telefónica. Le cedí el tercio obligatorio de mi herencia para que consolidase su carrera como fotógrafo de modas y fotógrafo para grandes enciclopedias, haciendo reproducciones de los mejores cuadros. La genética es la genética: él también artista moderno. Incluso, como a mí y a su madre le gusta pasear por los cementerios. Me escribe de vez en cuando y acompaña sus cartas, en un excelente español, con fotos de tumbas y de su visión personal —retocada electrónicamente— de cuadros famosos. Encima de mi catre coloqué “La siesta” —la de Millet y la de Courbet, tan distintas, tan distantes y sus particulares versiones— y en la pared de enfrente “La balsa de la medusa”, ésta reproducida fielmente, sin retocar.

Cuando estás privado de libertad te alivia pensar que no eres el único miserable de la especie humana.

Con frecuencia me deprimó al pensar que mi mejor obra no ha sido un graffiti ni un original sino una copia. Ni siquiera me reconforta conocer que mi imitación no pudo ser descubierta por el grupo de expertos que contrataron aquellos ricachones. Los especialistas en arte abstracto no han podido distinguir una obra de un graffitero hiperrealista como yo, del maestro de la desaparición de la forma. ¡Paradójico!. Tanto como que, visto al microscopio un tejido, o una sola célula, aumentada de tamaño de la manera más realista posible, resulten una evidente abstracción. Lo mismo que cualquier película proyectada a mayor velocidad de la habitual. El aumento de velocidad, o el tamaño, convierten la realidad en abstracción.

Me consuelo, para intentar alejar la depresión, pensando que también hay locuras de hiper-adaptación a la realidad y que un cierto grado de locura es necesario para vivir. Qué la locura es la pérdida del sentido del humor. Y del amor. De la pérdida del amor si me resiento, no de la pérdida del sexo porque, supongo que para compensar mi encarcelamiento —del que se siente co-responsable— Avia viene a verme dos o tres veces al mes en régimen de “vis a vis”.

Tras el mini-permiso me habían cambiado de compañero de celda. Con Luis, el anterior, extrovertido y comunicativo hasta el exceso, hablaba mucho. Le regalé un libro sobre la transgresión en el arte que, aparte de entusiasmarle, nos dio para muchas horas de debate.

—¡Yo también soy un transgresor!. Convéncete Ángel, no estoy aquí por la cuantía de lo robado sino por la inseguridad que produzco. Roban más muchos banqueros, empresarios, especuladores, evasores de impuestos... pero no dan miedo a nadie, no necesitan utilizar la violencia. Yo robé mucho menos. A mano armada.

El día que se explayó en estos argumentos me identifiqué con él. En el arte, los graffiteros éramos los no integrados, los fuera de la ley. Pintábamos con tensión, temor y ciertas dosis de violencia. Los pintores convencionales nos resultaban meros decoradores, fabricantes de adornos de paredes.

En el libro obsequiado Luis tenía subrayada una frase de Adorno: “La obra de arte es un delito no cometido”. A mí también me gustaba. En el arte no se delinque nunca, es un territorio en el que todo está – o debe estar – permitido. El mercado acabó por domesticar hasta a los graffiteros y yo no estaba en la cárcel —¡me habría encantado!— por cometer delitos artísticos, más bien por hacerle a unos mafiosos el trabajo sucio. Era un delincuente, sí, pero al margen de mi obra.

El compañero nuevo era más taciturno, costaba arrancarle alguna palabra. Nunca comentaba la causa que le condujera a la privación de libertad. La conocíamos todos: había quemado vivos a su mujer y a su amante, en pleno acto sexual. Me contó los pormenores un día de borrachera, los dos solos en la celda. Con insistencia le había propuesto a su pareja que le dieran un tono nuevo a su relación. Para salvarla. Había comprado grilletes, cadenas, ropa interior de cuero, látigos y unas extrañas bolas de acero cuya utilidad se explicaba en un vídeo. Ella se negó a compartir aquel material que calificó de siniestro. El día que los quemó, entre el amasijo de carne chamuscada, aparecieron, indemnes al fuego, todos aquellos artilugios mecánicos.

Después de la confesión volvió a sembrar mi inquietud días más tarde con algún comentario soez sobre Avia a quién había descubierto en alguna foto entre mis cosas.

—¿A ésta es a la que te tiras en el “vis a vis”? ¡ Qué suerte tienes, cabrón!.

Me aislé aun más de él y el día que se cortó las venas me sentí de alguna forma liberado. Sólo me inquietó el siniestro graffiti —con su propia sangre— que dejó inacabado sobre la pared de la celda.

Nunca había hecho graffitis en las paredes de los cementerios. Desde entonces tampoco los haría en los muros de las cárceles.

Durante mucho tiempo, funcionó. Conocedora de mis gustos y de mis pequeños fetiches, Avia venía espléndida: faldas de amplios vuelos en las que me gustaba ocultarme, sin sujetador, bragas negras tipo tanga y casi imposibles tacones. Y perfume con resonancias de almendras. Yo contribuía decorando el frío recinto, al principio con fotos de David Lynch, Roy Stuart o Helmut Newton. Eróticas y artísticas. Un día la recibí con “El origen del mundo” de Courbet, como único adorno mural. Ella conocía mi devoción por el pintor pero supo captar que aquella reproducción tan descarnada daba cuenta, más que nada, de mi desesperación.

Mi desesperación había crecido en paralelo con su desinterés físico hacía mí. Su sexo era crecientemente funcional y el mío necesitaba, a pesar de lo espaciado de las relaciones, de las pastillitas azules de viagra que ella me suministraba delicadamente con un beso.

Desapareció durante varios meses coincidiendo en el tiempo con la etapa en que se me negó una reducción importante de condena.

Un día me anunció, por carta, su última visita. Se había enamorado y no podía seguir haciendo compatible su enamoramiento y nuestras citas. Le respondí lacónicamente.

—Me alegro por ti. He perdido el interés por vivir. Trae ración doble de viagra para nuestra despedida.

La vi radiante y feliz. Llegó armada de todos los fetiches. Me besó. Me introdujo hasta el fondo la cápsula empujándola con la lengua. Mientras yo la penetraba.

—¡ Muerde fuerte!

Le agradecí que no se hubiese puesto el perfume de almendras para no desvirtuar el cianuro. Lo último que sentí fue el sabor amargo del amor y de la muerte.